

La luz de la espera en la oscuridad exterior: dilemas y expectativas en torno de la conclusión de mi Trabajo Final de Licenciatura

Alfonsina Lopez

Facultad de Filosofía y Humanidades,
Universidad Nacional de Córdoba, Argentina
alfonsina.lopez@mi.unc.edu.ar

Director Dr. Jorge Bracamonte

Facultad de Filosofía y Humanidades,
Universidad Nacional de Córdoba, Argentina

Codirector Lic. Gabriel Matelo

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación,
Universidad Nacional de La Plata, Argentina

Ahí estábamos, por irnos y no
Antonio Di Benedetto, *Zama* (1990, p. 11)

La conclusión de un trayecto académico nunca es un proceso sencillo: en el medio se intercalan dudas, miedos, expectativas, enigmas sin resolver, incógnitas, pánicos, corridas, tirones, alegrías. Nunca se sabe qué nos espera tras la finalización de nuestra carrera; por cinco o más años, nuestro día a día, nuestros planes y actividades se han enfocado en gran medida en la facultad, en las materias, parciales, finales, coloquios, apuntes, marcadores que riegan el papel con surcos brillantes, resúmenes hechos con un ojo en el papel y el otro en los datos que retenemos de la secundaria, cuadros sinópticos torcidos y erizados de flechas que parten en todas direcciones, horarios fijos, conversaciones cara a cara, signos de pregunta que nos mantienen en vilo ante nuestros propios saberes y nuestra posibilidad de expresarlos. Y, de repente, nos encontramos con un cambio radical: de pronto somos nosotros frente a la pantalla. Nosotros reflejados en la lisa superficie negra, escribiendo sobre un tema que hemos elegido, con límites más lábiles, con capacidades diversas para dispersarnos, irnos, reencontrarnos. Nos alcanza al fin la espera de una conclusión: terminar el Trabajo Final de Licenciatura, finalizar el trayecto académico.

El miedo anida, entonces, en este punto que se abre para cerrarse, en divisar ya el final de este proceso que nos ha definido por tanto tiempo. De

pronto la rutina de estudio (deshecha y rehecha por cambios en el horario, consultas, cambios de último minuto, formatos, medios, pandemias) y la misma interacción con el espacio de la facultad se ven trastocados, cambian, mutan para dirigirse hacia un único propósito: la realización del TFL, como un núcleo de constancia donde se reúnen y abrazan todos los temores, ansias y expectativas acumuladas por años de cursado de la Licenciatura en Letras Modernas.

La temática de mi tesina consistía en un análisis comparativo entre dos obras: *Zama* (1956), del autor argentino Antonio Di Benedetto, y *Blood Meridian* (1985), del escritor estadounidense Cormac McCarthy. La hipótesis se centraba en la plasmación de la frontera que realizaban ambas obras, de los saberes y sujetos fronterizos que ponían en juego y el modo en que las representaciones de estas obras desafiaban el modelo hegemónico instaurado en ambas naciones durante el siglo XIX. La experiencia de elegir el tema fue, en más de un sentido, un salto a ciegas: todo, desde la escasez de traducciones de *Blood Meridian* al momento de iniciar con el trabajo, la falta de bibliografía específica en español sobre la escritura de McCarthy o la virtual inexistencia de comparaciones entre los dos géneros literarios que el trabajo aborda (la nueva novela histórica y el *Western*, respectivamente) plantearon desafíos tempranos, temores teóricos, repentinos sobresaltos. Como las obras se internaban en el espacio no mapeado de la frontera, así fue experimentada la escritura del Trabajo Final de Licenciatura: un acto de abrirse paso entre un bosque de recursos bibliográficos, en ocasiones insuficientes, donde no siempre encontré específicamente lo que buscaba, pero donde surgió la oportunidad de crear rutas propias por fuera de las ya establecidas y aprender sobre ese medio que a la vez envuelve y transforma.

La redacción del trabajo se construyó, en este sentido, como un diálogo entre los temas abordados, un fructífero intercambio de literatura, análisis y experiencias vividas: tanto *Zama* como *Blood Meridian* tratan —en sus respectivos contextos y desde diversas perspectivas— temáticas como la espera, el miedo a lo desconocido, la ominosidad de lo que aguarda más allá de lo *ya dicho*, de lo que nos espera en los confines de ese “fin del mundo” (conocido) que plantea la inmensidad de América, el océano Pacífico, los límites de la eterna frontera del *Far West*. Escribir mi trabajo fue como asomarse por un momento a esa oscuridad exterior que atisban los protagonistas, que los envuelve, que los hace dudar de su propio pararse en el mundo (de su *ser*) y los arrastra a un espacio inexplorado donde encuentran saberes nuevos y formas distintas de ver la realidad. Es decir, implicó entrar en contacto con conocimientos que solo pueden aferrarse si uno asume un rol distinto al que

ocupaba antes.

En este sentido, la presencia de mi director, el Dr. Jorge Bracamonte (FFYH-UNC), y de mi codirector, el licenciado Gabriel Matelo (Universidad de La Plata), fue fundamental: su guía atenta y cuidadosa me permitió despejar dudas, no solo en lo que concernía a las diferentes vías de análisis y las posibilidades comparativas, sino también para comenzar a ver, en esa “oscuridad exterior” repleta de enigmas que planteaba el final de mi carrera de grado, los saberes que podía desarrollar y las posibilidades que me aguardaban al final. Para vislumbrar, al final de esa espera, el resto del camino; para arriesgar una posible respuesta a la pregunta tácita que nos envuelve desde un inicio: *¿y después, qué?*

Zama inicia con una descripción del itinerario del protagonista que desciende desde la ciudad hacia el puerto, para aguardar la llegada de un barco que lo sacará de su precaria situación; *Blood Meridian* inicia con un retrato del protagonista-Niño, lo “vemos” descrito por la voz del narrador antes de que inicie su moroso camino de violencia y muerte por las tierras del Oeste estadounidense. Ambos protagonistas son islas inaccesibles, seres que aguardan una conclusión que nunca llega, presas de un nomadismo sin fin, desgranados en cientos de esperas infructíferas. Pero, a diferencia de ese Zama que se pierde ante la extensión interminable de la selva, del río, de esa América que para él no existe sino en “sus necesidades, sus deseos y sus temores” (Di Benedetto, 1990, p. 30), no estamos solos al escribir nuestro Trabajo Final de Licenciatura: es en ese momento donde apreciamos el gusto de la espera compartida, los dolores de cabeza que se alivian con unas palabras de aliento, la curiosidad constante del grupo sobre el tema de la tesina, su estado presente, a dónde va, de dónde viene. Esas preguntas que espejan a las propias y hacen que el signo de pregunta se vuelva, más que un ícono de temor o desesperanza, un símbolo de espera colectiva. Un *¿cuándo creés que estará listo?* que brinda esperanza, que no incentiva a la desesperación, sino a proseguir con la lectura, con la búsqueda bibliográfica, con una escritura que va tomando forma a medida que las preguntas y las ansias de continuar la impulsan a ponerse de pie.

Así, la angustia de la espera se convierte, de a poco, en expectativa. Las emociones mutan y desembocan, finalmente, en el afán de llegar a la etapa de la defensa, de poder ver ese final y ojear lo que se oculta tras el nombre opaco de *Trabajo Final de Licenciatura*: el cierre de un ciclo, el fin de una expectativa llena de momentos de reflexión, de escritura, de risas, de nervios, de instancias donde se comparte y se vive de otro modo la experiencia universitaria.

Y una vez que ha llegado ese momento final, que el documento ha sido enviado mediante un simple trámite (ayudado por la tecnología digital), que se han cumplido los períodos de evaluación y ha ocurrido la vertiginosa experiencia de la defensa, llega el fin de la espera: se devela el misterio y vemos entonces que el cierre de un ciclo es solo el inicio de otro. *Ahí estábamos, por irnos, pero no*: mi finalización de la etapa de estudiante de grado fue solo el inicio de una continuidad que aspiro a ocupar en otros roles. El paso por la universidad se queda conmigo y con nosotros, acompañándonos en cada instancia laboral que llevamos adelante, en las diversas líneas investigativas que seguimos más allá del trabajo final, en los roles docentes que asumimos, en los artículos y textos que escribimos y que tienen grabada la huella de lo aprendido. La escritura del TFL es un largo recorrido por todo lo que hemos aprendido, conformado, creado, *habitado* durante nuestro trayecto estudiantil; un proceso de construir un *estar*, que no termina con el egreso. Un proyecto se ramifica en varios otros, una tesina en diversos artículos, una sección en ponencia: las posibilidades nos revelan que el final no es necesariamente un corte, sino una invitación a seguir, a que todo lo que aprendimos nos alumbre vías posibles para mirar al futuro.

Y entonces, notamos que hemos cruzado la frontera de la Licenciatura: más allá nos esperan otros espacios para ver, otros saberes para descubrir, otros sujetos que interpelar, otros campos que analizar, otros misterios que nos envolverán en su enigma. Como Diego de Zama, solo al final y en ese medio sin nombre ni mapa nos encontramos: no somos los mismos, pero hemos llenado de significado la espera y la hemos llevado a una conclusión que no cierra los caminos, sino que nos abre las puertas para seguir construyendo. *Por irnos, pero no*: no nos hemos ido, porque el trayecto es una forma de crear(nos) en comunidad, a través de la escritura de nuestros textos y de las esperas voluntariosas del día a día.

Referencias

- Di Benedetto, A. (1990). *Zama*. Casa de Las Américas.
- McCarthy, C. (1992). *Blood Meridian, or, The Evening Redness in the West*. Vintage International.